

Acad. Esp.
II - 117

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. Vicente García de Diego

Y

CONTESTACIÓN

DE

D. Ramón Menéndez Pidal

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

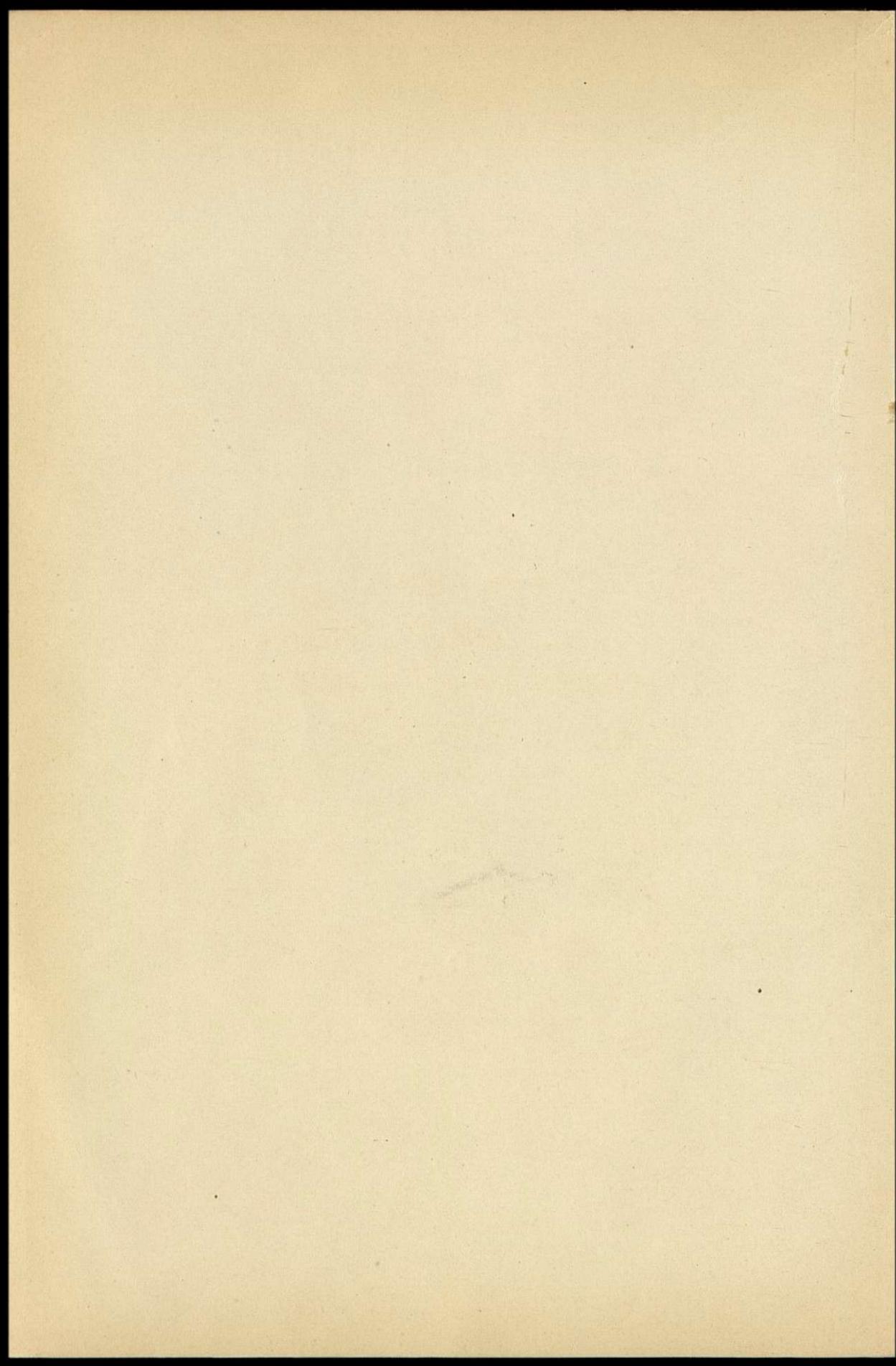
EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1926.



AVILA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE SENÉN MARTÍN

1926.



1884

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

DISCURSO

LECTURA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN SU REUNIÓN DE

1884

D. VICENTE GARCÍA DE DIEGO

DISCURSO

DE

D. VICENTE GARCÍA DE DIEGO



AVILA

IMPRESA Y COMPAÑIA DE D. J. GARCÍA DE DIEGO

1884

111



R 40761

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR

D. Vicente García de Diego

Y

CONTESTACIÓN

DE

D. Ramón Menéndez Pidal

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1926.



AVILA

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN DE SENÉN MARTÍN

1926.

1914

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

DISCURSO

LEIDO EN LA

REAL ACADÉMIA ESPAÑOLA

EN EL AÑO DE SU RECLAMACIÓN

POD

D. Vicente García de Diego

CONTRASTADO

DE

D. Ramón Menéndez Pidal

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

EL DÍA 4 DE NOVIEMBRE DE 1914



A. V. L. L.

IMPRESA Y DISTRIBUCIÓN EN MADRID

1914

SEÑORES ACADÉMICOS:

Cediendo gustoso a vuestro deseo de que participase pronto de las gratas tareas de este Instituto, he preparado el presente trabajo, no sólo sin la perfección a que nunca podría aspirar, sino sin el reposo necesario para ofrecer un estudio, que en su modestia encerrase al menos un mínimo de utilidad y de interés.

No pretendo con esto convertir vuestra cariñosa invitación en justificación y salvoconducto de mis errores, ni menos echar a la cuenta de vuestra benevolencia los defectos, sino tan sólo expresar el sentimiento de no poder corresponder a la generosa acogida con una ofrenda digna de vosotros y de la solemnidad del momento.

La extremada bondad de que habeis dado prueba al acogerme en esta casa me hace sin embargo esperar que vuestra indulgencia tampoco ha de faltarme ahora, añadiendo a los muchos que tengo un nuevo motivo de reconocimiento.

A estas razones, que sobre mi modestia pesan al cruzar el umbral de esta docta casa, se une una nueva preocupación que embaraza mis pasos. Es el nombre inolvidable del que me precede, la sombra augusta del maestro, que en breve tiempo, en un ayer que parece inmediato, llamasteis a vuestro seno y lo habeis perdido. Al acercarme hoy, en estos momentos de reciente duelo, a ocupar el puesto de mi antecesor, su recuerdo hace más profundo mi respeto.

De un lado exigía el nombre de Bonilla que el elogio y el juicio de su obra no quedara reducido al breve recuerdo que el rito o la costumbre nos impone.

De otro la misma popularidad de su vida y de su obra y los elogios magistrales, que todos tendréis presentes, no sólo me eximen de un juicio detenido, sino que me imponen un prudente silencio.

Sólo pues en la medida de una estricta obligación y en lo que tiene de homenaje sentido a su memoria, de sentimiento más que de juicio, es como debeis entender este elogio de mi antecesor, a quien todos lloramos.

Cuantos tuvieron la dicha de conocer en lo íntimo la personalidad de Bonilla apreciaron unánimemente que la común correspondencia entre el hombre y su obra fallaba en gran parte en este espíritu complejo y robusto. Su obra, siempre reflejo del hombre, pero hija también de las circunstancias, con ser admirable y valiosa, era para estos inferior a su pensamiento, más ágil que la realidad que le ceñía.

Para cuantos tuvieron la fortuna de su trato fué Bonilla el hombre humano, efusivo y cordial, en quien el equilibrio de sus facultades permitía la máxima actividad de la una sin la atrofia de la otra, en quien el intelectualismo más vivo y el más rico vitalismo eran compatibles, en quien se maridaban un idealismo de tipo romántico y un pragmatismo y buen sentido que actuaba siempre a tono con la realidad, en quien se daba en fin esa bien ponderada virilidad espiritual, que permite abordar con la misma serena naturalidad las mínimas cuestiones cotidianas y los más altos y transcendentales problemas.

Para los que le conocimos por parte de su obra fué Bonilla el trabajador denodado y tenaz, provisto del maravilloso instrumental de una extensa cultura filosófica y literaria, dotado de una pronta clarividencia de captación, de una extrema destreza de análisis, que le permitía desmontar y esquematizar rápidamente los asuntos, de una singular facilidad constructiva, para enlazarlos y sintetizarlos, y de un gran sentido del decoro y del orden, para exponerlos con hábil sencillez y con limpio lenguaje.

La sola enumeración de la obra de Bonilla sería insuficiente y su valoración aun en términos generales sería aquí imposible. Todos sabeis como desde los veintidos años su ejemplar actividad se ejerció, aparte de las más áridas cuestiones de Derecho Mercantil, en forjar la historia de la filosofía española, destacando algunas de sus grandes figuras y valorando las influencias de otras corrientes filosóficas, y en enriquecer con

aportaciones continuas y con observaciones de su crítica comprensiva la historia de nuestra literatura.

Para juzgar del aspecto capital de la obra de Bonilla, de su polígrafismo, será siempre preciso no separarlo de sus circunstancias. Ante todo hay que precaverse contra un término que suele usarse, el de la dispersión, cuyo sentido ha maleado el inquieto mariposeo de la lascivia intelectual, de la vanidad frívola y de la nerviosidad de los débiles, y tener en cuenta que, al lado de la dispersión mental de los que sólo buscan la cultura como un placer variado del espíritu, de los que la acopian como vanaglorioso ornamento, y de los que, sin aliento para el largo caminar, juegan con ella y se acogen a menudos afanes, hay también la noble dispersión de los fuertes, de los que, el hombro al trabajo, con la conciencia de su robustez desbrozan dilatados campos.

La ciega parcialidad de nuestros días no quiere reconocer que en la desalada conquista de la verdad pueden avanzar con tan viril empeño los que, cautelosos de sus horas y del largo tajo, acotaron prudentemente sus labores, y los que con abierta confianza prodigaron su generoso esfuerzo en múltiples trabajos. Que, si es juicio injusto, nublado de pasión, el llamar seco intelectualismo y cientificismo estrecho a la maravillosa especialización moderna, austera y religiosa regla del ideal científico, también es juicio exagerado el tildar de vana divagación el trabajo profuso y sintético. Que, si es sobrehumano, y por eso admirable, el abnegado renunciamiento y consagración de los altos espíritus, que disciplinan severamente sus esfuerzos y sacrifican implacablemente su varia curiosidad, es humano, y por eso respetable, el ideal de vida armónica, de curiosidad integral, de los que ponen a contribución todas sus facultades. Y que, si interesan ante todo los hallazgos de los especialistas, que para llegar derechos hasta el fin polarizaron su actividad y ahilaron su espíritu, hasta entrarse en los íntimos rincones del misterio, también importan las nuevas de los que, en más amplios horizontes, otearon las rutas y nexos de la verdad; y es en definitiva aspiración de la ciencia humana el coordinar según la identidad de nuestra naturaleza actividades que, pareciendo dispares, son en realidad comunes.

Resalta como condición primordial del poligrafismo de Bonilla el ser obra de plétora mental. Su dispersión es a la vez fruto de pujanza y de liberalidad, prodigalidad del que puede y no sabe negarse a las sollicitaciones de la ocasión, del que rebotante de vida espiritual no puede resistirse a los incentivos de la curiosidad, ni a las sugerencias de la vida y de la cultura. Es el suyo un viejo humanismo sobrevivido y superado, espléndida visión armónica, ya admirable en aquellos ávidos espíritus del Renacimiento, pero rayana en el portento en la ciencia moderna, en cuyo vasto campo apenas la vista normal alcanza a dominar el propio predio.

La misma diseminación y aun el carácter de circunstancialidad de la obra de Bonilla, en lo que tiene de generosidad humana, no merece sino la más calurosa admiración. Aun como confianza excesiva y exagerado gasto de energía del que comienza una obra demasiado extensa en esperanza de darle cima, sin pensar que la noche anticipada pueda interrumpirla, no merece sino el respeto. Este, y aun el más vivo elogio, le otorgaríamos, si no supiésemos que el torcedor de su conciencia en los últimos tiempos era el sentimiento de esta confiada prodigalidad al acoplar el material ajeno, que le había hurtado horas para su obra propia, sentimiento trágico de quien en las cercanías del crepúsculo, henchido de geniales intentos, no quiere que lo mejor y lo más delicado e imperecedero de su esfuerzo, la creación estilística, se malogre.

Aquella empresa gigantesca de erudición, constructiva y elaborada, que pudiera ser orgullo de los más ambiciosos, no satisfacía, y aun descontentaba en parte, a quien conocedor de su fuerza aspiraba como coronamiento del trabajo a una obra de creación, a una concepción personal del mundo y de la vida.

En ese tránsito del erudito al pensador, en esos momentos en que la abeja buscadora se recoge a elaborar sus mieles, en que, seleccionando nuestras predilecciones, el espíritu se retira paulatinamente a más íntimas moradas, para vivir nueva vida interior, es cuando bruscamente, como herida por un rayo, esta vida ejemplar cae rota, dejando en la ciencia española un gran vacío y en cuantos le conocieron un vivo sentimiento de dolor.

PROBLEMAS ETIMOLÓGICOS

I. La etimología

He elegido para tema de mi discurso, entre lo poco que de menos árido de mi acervo pudiera elegir, un bosquejo de los problemas capitales de la etimología (1) y de las tendencias que se disputan la supremacía de la investigación etimológica.

Tiene algo de singular esta palabra, que en los distintos oídos evoca recuerdos tan diversos, la idea de una cosa familiar y de un arte peregrino y difícil, de un entretenimiento jocosos y de artilugio, de una rara deducción algebraica, o de una sutil dirección, que persigue las fibras del espíritu. Porque todo esto es la etimología, curiosidad vulgar, entretenimiento de ocios, audacia de afición y arte serio. Y en todo ello, en lo que tiene de propensión de las multitudes, de juglaría verbal y de ciencia, hay un fondo atrayente de humanidad, el instinto y el deseo noble de coordinar y hacer transparentes voces e ideas, complicados juguetes de nuestro espíritu y necesaria moneda del comercio humano.

(1) Tratan directamente de problemas etimológicos:

Thurneysen. *Die Etymologie*. Friburgo, 1905.

Schuchardt. *Etymologische Probleme und Principien*, (*Zeitschrift für R. Ph.* XXVI, 585).

Tappolet. *La phonétique et la sémantique dans la recherche étymologique*. (*Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, CXV, 101).

Roques. *Méthodes étymologiques*. (*Journal des Savants*, 1905, 419).

Bertoni. *Che cosa sia l'etimologia idealistica* (*Archivum Romanicum*, IX). *La legge fonetica* (V).

Gilliéron. *La faillite de l'étymologie phonétique*. 1919.

Millardet. *Linguistique et Dialectologie. Problèmes et Méthodes*, 1923.

Spitzer. *Aus der Werkstatt des Etymologen*. (*Jahrbuch für Philologie, München*. 1925).

Sainean. *Les sources indigènes de l'étymologie française*, 1925.

Por ser la etimología campo de todos no ha de reprobarse que en ella pongan sus manos cuantos sientan el prurito del enigma o se crean capaces de desmontar el maravilloso artificio de una voz. Sólo hay que pedir que no se confunda en un juicio la curiosidad popular, que es necesidad, la vanidad del vulgo superior, que es ocio malgastado, y la investigación, que es técnica. Para el vulgo superior, siempre el menos comprensivo, la etimología es erudición innecesaria, pura divagación del remoto origen de una voz sin valor para el presente. Desconocedor de la función etimológica del vulgo, siempre en actividad, y de los procedimientos técnicos, complicados y no vulgarizables, el vulgo superior no conoce mas que sus propias etimologías, ambiciosas e inanes, y juzga de la etimología como de su propio pasatiempo, como de juego de agudezas a mano de cualquier ingenio.

En un orden más elevado, en el mismo orden científico, se ha extendido la idea de que la etimología es simplemente el origen, o la investigación del origen de las palabras. Esta descarnada definición ha hecho olvidar el concepto tradicional, mucho más penetrante, en el que resalta el móvil instintivo y el fin utilitario, el claro concepto del *veriloquium*, aspiración incumplida, pero aspiración de los viejos gramáticos latinos, y el invento del genio filosófico de los griegos, que en su investigación no buscaban satisfacer una supérflua curiosidad, sino penetrar en el *etymon*, descubrir en cada voz el *etos*, o la verdad, el verdadero y fundamental sentido de cada voz.

No busquemos en el vulgo una noción refleja de la etimología; pero en sus preocupaciones y en sus funciones etimológicas descubriremos que aquéllas constituyen un inquieto instinto y éstas un cuidadoso intento de filiación y de rectificación. Es el vulgo el más activo etimologista, y lo es no sólo en el estrecho campo en que concebimos la etimología, como curiosidad de orígenes, sino en la honda acepción tradicional, como genealogía necesaria para la identificación. Como curiosidad, como instinto de rebeldía contra el misterio, el vulgo se forja como puede sus explicaciones. No admite en su trato las palabras hechas sin penetrarlas, sin sacarles los resortes vitales y sin filiarlas. Cada voz geográfica inexpresiva que al campesino sale al paso es un acuciador interrogante que le moles-

ta. Si el vulgo admite tranquilo denominaciones no filiadas es porque las cree consustanciales. El vulgo no interviene en cuestiones filosóficas como las de las escuelas griegas, si en la lengua las denominaciones son *physei* o *thesei*, connaturales o convencionales, pero las da por resueltas. *Trucha* y *zorro* para él son voces connaturales; tan transparentes y maravillosamente expresivas, que no necesitan explicación; ellas son su propia etimología. Por otra parte la filiación etimológica del vulgo responde a una necesidad; es la necesidad del orden de la pobreza. Su propia limitación es la que a la memoria impone las combinaciones metódicas de los encasillados verbales, en los que puede manejar con fáciles evocaciones el caudal inmenso de la lengua. Gracias a la vigilante preocupación vulgar para que las palabras no se aparten de sus tipos pueden las lenguas sin cultura literaria guardar incólume el fondo de cien generaciones. En la academia ingente de las multitudes, como en las científicas, el vulgo quiere acertar, y a su modo fija y rectifica las palabras. Los eruditos a su vez inspeccionan y corrigen al vulgo y le imponen sus etimologías y correcciones.

Para los desvarios de estos técnicos, para los nuestros, no hemos inventado término especial; para las etimologías y rectificaciones falsas de la multitud hemos inventado un mote desdeñoso, el de *volks-etymologie* o etimología popular. No es pues la etimología pasatiempo de ociosos, ni sola curiosidad histórica, ni vanagloria de abolengo, sino función obligada de esclarecimiento de las voces que usamos, determinación genealógica de sus ramificaciones. La genealogía de las acepciones es condición ideal de un buen diccionario y es base de la propiedad de un idioma, de esa propiedad que por maravillosa intuición pueden manejar sin cultura lingüística los artifices de la lengua, pero que funda su seguridad y exactitud en la etimología. Esta además es el tronco fecundo del que el genio literario puede hacer brotar nuevas ideas.

Es la etimología el más firme sostén de las palabras. Sin ella las que no sean de realidad inconfundible son voces a la deriva, arrastradas por cualquier influjo. Cada definidor en estas voces confusas, como *breña*, busca un enlace ideal, esto es, una etimología. *Breña* es 'un lugar de peñascos, maleza' y una porción de cosas que con exactitud nadie sabemos. Su

definición, que parece tranquilizadora, es de 'tierra abrupta con maleza entre peñas'. Y en esta definición, a falta de todo entronque genealógico, nos quedamos en la duda de si en efecto la *breña* está entre *peñas* o sólo lo está en la angustiosa rima de nuestros poetas.

Tras la etimología van las palabras y frecuentemente tras las palabras las cosas. Importa por tanto algo mantener la luz que guía los pasos del lenguaje. «De la exactitud de la etimología, dice Whitney, depende el éxito de toda la ciencia del lenguaje». Toda la maravillosa armazón de unas leyes fonéticas basada en falsas etimologías y todos los estudios lingüísticos que partan de orígenes falsos serán elucubraciones inútiles. Por etimologías bien comprobadas podemos hoy formular hipótesis, audaces y resbaladizas pero probables sobre la misma civilización aria. Y en etimologías falsas, en amoldaciones griegas y latinas de la toponimia indígena, en puros nombres mal interpretados, se han basado multitud de creencias sobre orígenes de pueblos, todo un mundo de creaciones míticas e históricas.

Desdeñemos o no por tanto la etimología, su fuerza lo mismo de la verdadera que de la falsa, la sentiremos siempre, y ella nos arrastrará en todos los juicios del lenguaje. La mentida etimología de *gazapatón*, el *vitium sermonis* de los escoliastas latinos, seguirá haciéndonos creer que es un *gazapo* grande, y la falsa etimología de éste nos impedirá aprisionar en una idea fija su concepto.

Así una falsa etimología ha traído a una nueva significación a la voz *averío*, que nuestro diccionario define con razón como 'conjunto de aves'. Esta ortografía y este nuevo significado regional son efecto de la sugestión etimológica, que ha desviado la primitiva idea de 'ganado o haber' del término *haberío*, usado en una gran zona de parte de Francia y España desde la misma Edad Media.

Al decir que las palabras han de orientarse hacia su etimología no se trata de hacerlas retroceder hacia el pasado, ni de contener sus desviaciones normales. Se trata sólo de reconocer un hecho, que es más firme la voz polarizada hacia su origen. No se pide que una voz sea lo que fué: es que éste fué

subsiste, y el pasado perdura en ella como eje de sus acepciones.

Conservar por tanto sin extremado rigorismo, pero mientras sea posible, la etimología ortográfica y la ideal no es erudición sola, sino el más eficaz medio de contener la disgregación que al idioma amenaza por sus modificaciones fonéticas y sus variantes regionales, si no se adopta más criterio de escritura que la pronunciación, ni más norma de encadenamiento de acepciones que el capricho del uso.

II. La etimología formal

De todas las tendencias es la más conocida la etimología formal, la única que en todos los tiempos el vulgo conoce y la única posible para el que sin recursos técnicos pretende etimologizar. Es la homología popular, la etimología de la semejanza externa, idéntica en los graciosos análisis de los escoliastas homéricos y en las atribuciones de los pseudoeruditos de nuestros días. Es la etimología que acierta cuando no cabe equivocarse, es la derivación del tipo *corredor* de *correr* y *EREMUS yermo*, de las palabras formal y semánticamente inconfundibles; etimología en cierto modo inútil, porque descubre lo evidente.

Situados ahora en perspectivas mejores y con instrumental adecuado los esfuerzos de imaginación de la etimología greco-latina semejan juegos infantiles.

Los sutiles análisis de Filoxeno y Herodiano, del gran Varrón y de nuestro glorioso San Isidoro de «*vulpes quod volat pedibus*», de «*pulvis quod pellitur vi venti*» son ahora profanadas por la sonrisa del lector moderno, que las califica, como colmo del desvarío, de jocosas, sin ver que en la fragua donde las palabras se forjan es el buen humor del vulgo el más activo artífice.

No, no es por su jocosidad por lo que estas etimologías son falsas, sino porque la etimología greco-latina estaba obcecada por dos prejuicios. Uno el de su prestancia nacional, que les impedía ver todo parentesco externo, y les hacía oír las flexiones persas o galas como gerigonza y barbarie.

Era otro el prejuicio de la composición, algo fundado en

griego, donde los compuestos constituían una riqueza, y absurdo y rutinario en latín, donde un compuesto constituía una rareza.

A la ceguera siguió luego el extravío. La etimología latina perseguida por la ruta del hebreo con el criterio de la semejanza tenía que conducir a los delirios que culminan en Guichard (1) y de los que no se han curado nuestros etimologistas latinos. Por otra equivocación de principio gana la celtomanía a espíritus de tan brillante erudición como La Tour d'Auvergne (2) que pretende explicar las lenguas románicas por el celta; y por otro extravío de poetización histórica, que fundado en falsas etimologías atribuye a varios pueblos orígenes troyanos, se extiende la creencia de una preponderancia del griego, defendida con exageración por Budé (3) y Enrique Estéfano (4) y atenuadamente por nuestro Aldrete (5), para quien fué el griego la lengua dominante en España antes del latín. Naturalmente, fuera de alguna tendencia aislada, que más era pasión de novedad que convicción, la idea del romanismo tenía que imponerse. Es la filiación de los diccionarios de nuestro Alonso de Palencia (1490) y de Nebrija (1492), que luego se formula explícitamente por Bovelles (6). El siglo XVII parece entrar en una nueva fase, procurando crear el instrumental fonético. El aparato que precede al diccionario de Aldrete y las indicaciones de Francisco del Rosal (7) y de Covarrubias (8) parecen obra de foneticistas, y mucho más el diccionario francés de Nicot (9) y sobre todo el original y pinto-

(1) Estienne Guichard *Harmonie étimologique des langues hebraïque, etc.*, 1610.

(2) *Nouvelles recherches sur la langue, l'origine, et les antiquités des Bretons*, 1792.

(3) *Dialogues sur l'origine de la langue française* 1554.

(4) *Traité de la conformité du langage française avec le grec*, 1565.

(5) Por griegos cita *voy, loma, mesón, moço, bajar, trêbedes*, etc. y hasta varios giros sinciáticos, *Orígenes*, 19.

(6) Carles Bovelles. *De differentia vulgarum linguarum*, 1555.

(7) *Etimología de todos los vocablos originales de la lengua castellana*. 1601.

(8) *Tesoro de la lengua castellana*, 1611.

(9) *Thresor de la langue française*, 1606.

resco diccionario de Menage (1), sagaz espíritu y agilísimo malabarista de las letras. Sin embargo yo me inclino a incluir entre la etimología formal no sólo estas obras, sino las posteriores de Mayans (2) y Cabrera. (3)

Razonar fonéticamente CAPITA cabeza y TUR-ERE entumir, como hace Cabrera, es lo mismo que no explicar nada.

Los éxitos de esta etimología son el descubrimiento de lo evidente, la captación de lo que está a mano. Si Menage, según el cómputo de Brunot (4), ha acertado más de un sesenta por ciento de las etimologías de Diez, es por rara agudeza mental y por ser en su mayoría etimologías de evidencia, no por la ayuda de su bizarra ortopedia fonética, ni de su divertida prestidigitación (5). A este sistema de contradictoria y arbitraria permutación de letras se refiere la ironía de Voltaire: «El etimologista es un adivinador, para quien nada valen las vocales y muy poca cosa las consonantes».

III. La etimología fonética

La etimología fonética es triunfo del siglo XIX. El primer ensayo de conjunto, el léxico de Raynouard (6), fué un aborto, en que malogró el éxito la falta de una técnica fonética y la concepción antihistórica del idioma intermedio. Considerar el provenzal antecedente de los romances, como algunos el gallego antecedente del castellano, por presentar un estado retrasado de evolución es desconocer la historia.

La etimología fonética nació en Alemania en el año 1822 en las frías páginas de la gramática germánica de Grimm, (7) germen y modelo de la fonética romance. Así lo confiesa en su

(1) *Les origines de la langue françoise*. 1650.

(2) *Orígenes de la lengua española*. 1757.

(3) *Diccionario de etimologías de la lengua castellana*, 1857.

(4) *Histoire de la langue françoise*, 7. Véase Gröber en *Grundriss*. I, 25.

(5) Véase una muestra en *tabanus, tavanus, tavanettus, vanettus, vanetto, vanettone, haneton; barbaricus, baricus, varicus, guaricus, guarco, jargon, gergón*.

(6) *Lexique roman*, 1838-1845.

(7) *Deutsche Grammatik*, 1822-1837.

carta a Gastón París (1) Diez, el creador de la gramática y del diccionario románico (2). A partir de él y en toda la segunda mitad del siglo XIX se desarrolla en la filología románica el más gigantesco esfuerzo que los tiempos han presenciado. Las dieciséis páginas de la fonética castellana en Baist en el *Gründriss* de Gröber han sido, dentro de su insignificancia, más fecundas para la etimología, que todas las cábalas etimológicas.

Al fin la etimología había hallado su método; y de artilugio y escamoteo pasaba a la categoría de demostración científica. Las etimologías fáciles del tipo LÍMITE *linde* y FINGERE *heñir* recibían una comprobación legal; las de falso origen inmediato, FRICARE *frezar* y VETUS *viejo*, se rectificaban; y por imposibilidad fonética se rechazaban multitud de absurdas etimologías, como SPICULUM *espiedo* y ASPERGERE *espurir*, que la obsesión de la congruencia semántica mantenía en los diccionarios. No merecía ya esta seria etimología la torpe calificación de «juglaría y adivinación» con que Hovelacque la calificaba en 1888.

Pero esta etimología fonética, extendida a los dialectos y perfeccionada, a su vez comienza a excederse y a elevarse hasta el dogmatismo. A formar la idea de una etimología mecánica infalible, basada en una fonética ineludible y regular, han contribuido la experiencia de los éxitos fonéticos, que se creyeron rotundos, el simbolismo naturalista, prodigado en las explicaciones del lenguaje, y la infiltración del darwinismo y del determinismo filosófico. Es Schleicher, el médico filólogo, quien defiende que «el lenguaje no es historia sino ciencia natural; que en el lenguaje no hay que estudiar la vida espiritual del pueblo y su historia, sino su lengua; no la actividad del espíritu, que es historia, sino la lengua que nos dió la naturaleza» (3); y Max Müller quien formula así su materialismo lingüístico: «La ciencia del lenguaje es una ciencia física. Lo

(1) Publicada en la *Introduction à la grammaire comparée des langues romanes*, 1862.

(2) *Etymologisches Wörterbuch*, 1855.

(3) *Die deutsche Sprache*. intr.

mismo la evolución fonética que la escisión dialectal son procesos fatales extraños al arbitrio humano». (1)

Este determinismo se concreta sobre todo en la eficiencia y universalidad de las leyes fonéticas. Así Schleicher sentencia que «la fonética está sujeta a leyes inmutables, cuyo curso de evolución le es imposible cambiar al hombre, como le es imposible al ruiseñor cambiar su propio canto». Es Salomón Reinach quien afirma que «la fonética circunscribe al dominio de lo posible la etimología, que sin ella es tan incierta como la astronomía sin el cálculo». Es Salvioni quien en su discurso de la Academia de Milán (4 de noviembre de 1905) sostiene que «la ley fonética es una fuerza ciega, que en su fatal andar arroja cuanto abarca». Es Merlo quien defiende así con fe ciega el dogma de la infalibilidad fonética: «A los sostenedores de la exceptibilidad de las leyes fonéticas no hay más que oponerles la falange de los éxitos normales... Yo tengo tal fe en las indagaciones fonéticas que ni requiero el auxilio de la geografía y de la historia. Sujetémonos a nuestras reglas, y, si la geografía y la historia las confirman, tanto mejor; si están en desacuerdo, amparémonos en nuestras firmes leyes».

Es Thomas quien ensalza así el procedimiento simplista de la etimología fonética: «El método etimológico es sencillo; consiste en seguir a ojos cerrados el hilo de la fonética histórica». Y finalmente Dauzat, quien en 1910, como en los tiempos de Schleicher, afirma rotundamente que «las leyes fonéticas se cumplen con la regularidad ciega, con el determinismo preciso de los fenómenos químicos».

IV. La etimología fonética y la idealista

Al lado y enfrente de este determinismo cerrado de la fonética crecía lentamente la idea de una intervención de los factores psicológicos en la escuela de los neogramáticos de lenguas indo-europeas, en Leskien y en sus discípulos, sobre todo en Osthoff, (2) donde, sin abandonarse la idea de las leyes universales y absolutas, empieza a admitirse la interven-

(1) *Lectures of Science of Language*, 2, 1.

(2) Especialmente en su discurso doctoral de la Universidad de Heidelberg, 1899.

ción mental como perturbadora de las leyes fonéticas, la analogía y la uniformación como propensión espiritual que estorbaba la realización de una ley. El fatalismo fonético lo rechaza así Whitney (1): «La ciencia del lenguaje es histórica. El lenguaje es una acción consciente y libre sobre la que el hombre tiene poder absoluto». Los mismos sostenedores del criterio cerrado y dogmático del foneticismo etimológico no sólo tienen que rendirse ante el hecho de las excepciones, de las divergencias dialectales y sociales, sino que apelan en sus trabajos prácticos a explicaciones no materiales; y junto a ellos una serie de foneticistas moderados admite evoluciones anormales de origen ideal, etimologías populares y contaminaciones, no apreciadas en su importancia, y consideradas como vanas y teratológicas, pero que daban al foneticismo etimológico un matiz más transigente y racional. Al mismo tiempo el desarrollo de la psicología lingüística venía por los más opuestos caminos a descubrir la relación y la mutua influencia del pensamiento y del lenguaje. Sea el lenguaje, como en la vieja fórmula de Vitrubio, una secreción mental, *spiritus fluens*, sea, como en la doctrina de Hegel, objetivación y concreción del *verbum mentis*, sea una representación, el pensamiento hecho sonido, el gesto fónico, de Wundt, el gesto del espíritu, de Bertoni, sea materialismo, panteísmo psicológico o pura metáfora toda esta filosofía del lenguaje, la conclusión era que entre el lenguaje hablado y el espíritu hay una estrecha relación y que la vida de las lenguas no podía seguirse sin analizar la influencia del pensamiento.

Un remotísimo precedente de la analogía hallamos en un expresivo pasaje de Herodiano. La escuela de Leskien había estudiado el influjo perturbador de la analogía y de la etimología popular, y entre los mismos romanistas se habían utilizado explicaciones idealistas en sus etimologías. Pero el idealismo filológico como sistema es de nuestros días. Es especialmente la escuela de Vossler (2) la que ha dado una inter-

(1) *Language and study of Language. 2.*

(2) Su obra maestra *Positivismus und Idealismus in der Sprache Wissenschaft* marca una nueva etapa, si se quiere, más que de realidades, de interrogantes y de inquietudes, pero que imprime nuevos rumbos a la filología,

pretación espiritual a muchos hechos interpretados mecánicamente o encasillados en normas gramaticales. En estas tendencias, y en las de Husserl, (1) que estudia los complejos aspectos ideales que una simple palabra puede ofrecer, ha de hallar la etimología idealista derroteros inexplorados e insospechados de la escuela fonética.

La etimología idealista es antigramatical, no en el sentido de oposición a fórmulas genéricas de hechos, pero sí en el de independencia de todas las normas preceptivas. No puede admitirse que el lenguaje esté en guerra con la filosofía, pero sí que el lenguaje, sin el fanatismo del orden, no se preocupa de nuestras normas teóricas, sino que sigue su filosofía y su gramática. Su moral es la de la victoria, y hay que aceptar por lógico y gramatical cuanto en el lenguaje triunfa y por correcto cuanto el uso ha aceptado, por impropio que en nuestras pautas parezca. La investigación idealista descubre cómo en el lenguaje las denominaciones suelen ser al aplicarse incompletas y trópicas, tomadas las que parecen más exactas de un rasgo accidental o de un paralogismo. En esta perspectiva idealista se aprecia bien la sinrazón de los idiomas infecundos por timidez, de los que por falsa preocupación de la propiedad gramatical no se atreven a formar derivaciones, ni a utilizar sus palabras en nuevas aplicaciones, ni siquiera a traducir las voces importadas, cayendo por sus escrúpulos de pureza gramatical en la esclavitud del latinismo y del barbarismo. En este punto de vista se aprecia bien cómo con el uso lo peor encajado se adapta; cómo una voz convencional, lo sumo convencional, *los rayos X*, pasa en el momento a ser una denominación justa y hasta expresiva.

La etimología idealista desmiente ante todo el que se aducía como fundamento de la etimología fonética; su fatalismo y universalidad. Bertoni (2) califica de herejía el determinismo fonético, que compara las leyes del lenguaje a las naturales, ol-

(1) Es fundamental su obra *Phaenomenologie und phaenomenologischen Philisophie*, 1913.

(2) *La legge fonética*, *Archivum romanicum*, V, 1.

vidando que el lenguaje es el pensamiento objetivado (1) y que no puede hablarse de fuerzas ciegas tratándose del pensamiento, cuyos atributos son creación y libertad. «La ley fonética, añade, *ineccepibile*, como norma directriz ineludible, como regla prevista a que los hechos han de sujetarse, es un fantasma intelectual. Y no se hable de que esa universalidad se cumple cuando se dan condiciones idénticas, porque estas no se dan en el lenguaje, todo diversidad e inestabilidad». Frente a estos juicios, a la defensiva, se mantiene el ejemplo de ciertas leyes, aducidas por los foneticistas, «la falange, según expresión de Merlo, de los éxitos normales». Esta impresionante generalidad de ciertos fenómenos no implica sin embargo el reconocimiento del fatalismo y universalidad de la fonética, ni está en contradicción por otra parte con los juicios más serenos y con las observaciones del idealismo. Desde la indicación hecha hace casi medio siglo por Whitney, demostrada por las novísimas experiencias geográficas o históricas, se admite que el fenómeno fonético en su origen, como creación de una modalidad desconocida, representa la máxima individuación. En tal sentido define Vossler el fenómeno del lenguaje como *estilístico*, nacido como rasgo peculiar de una persona.

A partir de este momento el fenómeno es un hecho social, de cooperación de una colectividad, que desdeña, repite, amplía o modifica la innovación. Si consideramos los fenómenos hechos, se explica bien la admiración que su potencialidad causa, hasta considerarla fatalismo y necesidad. Sorprendidos en vivo, se ve que estos que aparecen potentísimos fenómenos son supervivientes de fortuna. Junto a ellos en cualquier momento de una lengua se producen modificaciones individuales distintas y contradictorias, que no tienen suerte, que se extienden a un círculo y se contienen y malogran por repulsa de la generalidad, millares de innovaciones en competencia, que

(1) No se aprecia bien en Bertoni si es símbolo o doctrina su expresión hegeliana de la objetivación del pensamiento, y si al indicar que la actividad de la mente individual es matización sobre un fondo de identidad en la vida eterna del espíritu hay una profesión consciente de panteísmo ideal o simple reconocimiento del fondo común de igualdad del pensamiento y del lenguaje humano, matizado en cada lengua y en cada individuo.

avanzan y retroceden, en una lucha continua entre la creación personal y la reacción del medio ambiente. La innovación triunfante es ley. Para el espectador el triunfo del fenómeno es el premio de su potencialidad. Para el que ha seguido sus pasos el triunfo es de las circunstancias y de la cooperación de las multitudes, acertadas o caprichosas y torpes.

Contra esa idea de las leyes que nacen sin competencia y avanzan sin vacilación, avasalladoras y uniformes, dice Breal: «Esas leyes serían la primera obra humana en línea recta». Claro que en las leyes fonéticas habría también que distinguir para razonar su fortuna condiciones favorables muy complejas, y para explicar su universalidad condiciones de sencillez y claridad especiales. Así entre el determinismo ciego y la libertad sin coacción la ley fonética sería creación libre impulsada por una propensión.

Desde luego la condición de fatalidad es contradicha por ser la ley una propagación social por imitación, que no es necesidad, sino atracción resistible condicionada por la libertad. Si alguna determinación fatal pudiera admitirse, sería en el momento de la creación individual, cuando todavía no es ley sino hecho. Este es el momento de relativa inconsciencia o de mínima libertad. Pero aun en él, si es difícil admitir la necesidad invencible en modificaciones que responden a predisposiciones étnicas o adquiridas, es absurdo admitirla en cambios que responden a una comparación, a una verdadera corrección, tan libérrima como las rectificaciones académicas y las elucubraciones del etimologista. Así pues, si se entiende por ley la propensión irresistible a producirse tal cambio, la norma ciega e indefectible, la ley fonética, como dice Vossler, es una quimera. Estas leyes ciegas, como necesidad imperiosa que ha de cumplirse contradicen a todas las experiencias lingüísticas y psicológicas y contradicen a la libertad, que puede implicar propensión, que es de hecho compatible con cierta normatividad del espíritu, y que puede ser condicionada y subconsciente, pero que repugna al fatalismo absoluto de los hechos lingüísticos. Ahora bien, si llamamos leyes fonéticas a las normas que *a posteriori* vemos ha seguido un hecho, a su generalización histórica, si por leyes entendemos el modo como el fenómeno se ha extendido general o parcial-

mente, no como por necesidad tuvo que desenvolverse, entonces puede hablarse de leyes. Así concebidas tienen un valor científico, como las leyes históricas de mayor constancia, y un valor práctico. «Mantengámoslas, dice Bertoni, como una luz que alumbra la difícil vía de la investigación etimológica, pero no sean para el etimologista como una cadena al pie». (1)

Pero así como hay que reconocer la sinrazón de los foneticistas extremados, que habían soñado hacer de la fonética una ciencia exacta, hay que convenir en que es injusto el desdén con que la nueva etimología idealista rechaza los resultados y métodos de la etimología fonética. Esta había pecado por exceso, por la ilusión del éxito, con el pecado explicable de todo método fecundo, que en la embriaguez del triunfo se propasa; pero más joven y con menos triunfos también la etimología idealista se excede y entromete en el campo fonético. Muchos de los reproches de la nueva filología idealista no se refieren a la fonética, sino a la caricatura del foneticismo. La etimología fonética como escuela no había valorado en su debida importancia los factores mentales, y, si se quiere, por ser fonética había propendido a explicaciones materiales de fenómenos de origen ideal; pero no puede olvidarse que la mayoría de los etimologistas fonéticos habían utilizado muchos de estos recursos de interferencia. Más útil que combatir fantasmas y presentar como anticuado el foneticismo etimológico será justificar la distinta valoración que debemos hacer del elemento fonético y de los factores ideales, sin presunción de haber hallado la clave de la infalibilidad, y con el temor de que, así como el foneticismo caía por exageraciones, caigamos nosotros en las nuevas rutas, más empinadas y peligrosas, que, como todas las humanas, sólo a fuerza de vacilaciones y tropiezos conducen a la verdad.

No se trata pues en esta disputa de una falsa teoría anulada por otra verdadera, sino de una doctrina inquebrantable, que apreciaba insuficientemente las huellas de la incesante actividad del pensamiento en el lenguaje, y de nuevos estudios que la completan, y descubren valiosas claves de investigación.

(1) *Archivum romanicum*, V, 15.

Sería pueril pretender haber descubierto la vía del lenguaje, que sigue varias. A la etimología nueva toca estimar bien los elementos, aforar los cauces del idioma, que son fisiológicos y psicológicos, y explorar las venas ocultas y cruzadas, para decidir cual es el caudal de cada una, no para decir jactanciosamente que el caudal se ha descubierto. Carece por eso de moderación científica este juicio de Gillieron: «La vida de un idioma no está en los órganos fonadores, sino en el cerebro», (1) como si uno y otro no fuesen elementos esenciales de la expresión. Contra estas pasiones, exornadas de cierta puerilidad y jactancia por los nuevos métodos, se impone el criterio comprensivo e independiente, que reconozca como los fenómenos han seguido itinerarios distintos, fisiológicos y mentales, y como es prejuicio vano el incluirlos en uno, y pueril terquedad el querer aplicar la fonética a una evolución de orden psicológico y el someter al método idealista a las palabras que han seguido un cauce fonético. Tampoco creo admisible la distinción cronológica de Sainean (2), evolución puramente fonética en ciertas arias y en períodos constituyentes y actividad puramente idealista en períodos consecutivos.

Si hay momentos de mayor efervescencia fonética, esta nunca definitivamente se aquieta, y, si el influjo ideal lo descubrimos como un fermento activo de las épocas modernas, este mismo influjo ha obrado con parecida actividad en las lenguas originales y en la nuestra, antes y en los períodos más tumultuosos de la fermentación fonética. Lo que sí puede admitirse es que los productos de una normal evolución fonética, llegado un momento propicio, pueden verse sometidos a una influencia ideal.

Podemos asegurar que el latín *FISCILLA* siguió durante siglos una vida fonética regular dentro del castellano; *fescella* y *hecilla* no vieron perturbada su vida normal hasta el momento en que cae la *h* aspirada, y *ecella* 'molde' y *ecellar* 'formar el queso' junto a *encina*, *encima*, empiezan a parecer sospechosas, pensándose si estas formas deberían tener el prefijo *en*.

(1) *La faillite de l'étymologie phonétique*, 102.

(2) *Les sources indigènes de l'étymologie française*, I, 20.



El menosprecio que Vossler y los idealistas sienten por la fonética les veda reconocer lo que a ella deben los estudios románicos, para dar solo relieve a sus errores. Es curioso sin embargo observar como este desdén no les impide a los más calificados detractores seguir etimologizando fonéticamente, siempre que la ocasión se ofrece. Es Bertoni, a quien tanto debe la etimología fonética, quien lanza la peligrosa afirmación de que «sin leyes fonéticas se pueden hacer etimologías» Y es Gillieron, más foneticista que idealista, quien con pretexto de las grandes irregularidades de las leyes, de las incongruencias o *milagros* fonéticos, se burla de la fonética y de sus etimologías.

Se tiende pues a proscribir un método fecundo y no exhausto, que ha descubierto y probado el estrato más firme de la etimología románica y que ha de contribuir aún a descifrar multitud de enigmas etimológicos; se quiere por viejo e inútil desechar el instrumental fonético, como si no quedasen palabras que solo con este método han de alumbrarse y que inutilmente buscaríamos explorando en las alturas del método idealístico. Voces como *breña*, que encerraban avaramente su secreto a todos los toques, se han aclarado por la sencilla evocación de una correspondencia fonética, por el trato regular del sufijo GINE en español y en portugués, y voces discutidas con mil razones ideales como *amelga* 'faja de terreno', han cerrado la discusión con la sola presentación de *chamelga* y la ley fonética de *g* perdida en castellano y conservada en aragonés.

Es evidente que con sola la fonética no pueden hacerse etimologías, pero no lo es menos que sin fonética el etimologista carece de un necesario instrumental. Si de un lado hay que restringir el método fonético, no aplicándolo más que a las voces que siguieron su ruta, de otro hay que perfeccionarlo y complicarlo; porque el hecho fonético no es siempre tan uniforme como nuestras primeras leyes lo suponían. Las formas se nos escinden y complican por diferencias sociales, geográficas y cronológicas y por otras razones sutiles y complejas. Así por esta obsesión de la simplicidad fonética se habían excluido de las voces patrimoniales el cast. *reinar* y el

fr. *rener* (1) suponiéndolos cultismos recientes no sometidos a la evolución normal; pero desde el momento en que *teinada* y *tenada* TIGNUM españoles se descubren como formas vulgares, lo que hay que rechazar no es el cultismo, sino la unidad de trato del grupo latino GN.

Desde luego no debemos conformarnos con una etimología fonética si puede contrastarse con otros métodos ideales, sobre todo si puede presumirse una intención psicológica. Y aun puede ocurrir que una etimología fonéticamente sea cierta y como hecho histórico sea falsa. Tal es el caso del castellano *un sobre*, que coincide con el latín SUPER, pero del que no puede decirse con verdad que haya procedido, pues de hecho es una desintegración de *sobrescrito*, preparada por el tránsito del escrito a la envoltura, e inevitablemente provocada por la contraposición de la envoltura escrita y sin escribir. Así el francés del norte *noir-nuar* 'mirlo' coincide con el latín NIGRU, etimología al parecer satisfactoria, y sin embargo Gillieron ha probado que *nuar* viene de *nuarmel* y éste de *le merl*, del latín ILLA MERULA.

La etimología idealista enseñada por la experiencia no se fía de las fieles correspondencias, como *paniaguado* de *pan* y *agua*, que suelen pecar de infidelidad.

Requiere una prueba de las desviaciones ideales, pero no se asusta de la distancia ni de las incongruencias finales de sentido. La fórmula corriente de los diccionarios de incongruencia fonética o semántica para rechazar una etimología podrá tolerarse como fórmula abreviatoria y expeditiva, pero como razón final científica en la etimología idealista no tiene valor alguno.

Finalmente el idealismo filológico no sólo reclama la explicación de fenómenos que la fonética no puede razonar, sino que en la misma fonética tal vez dé razón de cambios que parecen responder a una intención mental, más bien que a una influencia fisiológica. Si estudiamos algunos cambios de nuestra fonética, parece verse en ellos una nivelación intencional de sonidos, una verdadera etimología popular fónica, paralela a la nivelación intencional de voces, a la etimología popular

(1) Meyer-Lübke, *Introducción*, 60.

de formas. Tal es el caso de muchos fonemas inestables por su rareza, que el instinto de asimilación equipara a los tipos corrientes, no sólo por confusión de proximidad sino por evocación de un modelo, que se considera etimológico.

Tal conceptúo el caso de VETLUS VECLUS, IPSE ICSE, ant. *exe*, RECESSUS RECECSUS *recejo*, *buitre buetre*, *estoirá estuera estera*, y otros muchos. La falsa rectificación en los períodos de vacilación de un fenómeno se descubre también en la fonética, lo mismo que en la morfología. Al menos yo pienso en esta razón para cambios como el de *sielso*, que supone *sepsso* de *seppo*, en momentos en que una capa social decía *epso* y otra *esso* IPSU, una *gepsso* y otra *gesso* GYPSU.

V. La etimología vitalista

Junto a las tendencias fonética e idealista existe otra tendencia etimológica, en cierto modo mental, que presta una singular atención a las condiciones en que la vida de las lenguas romances se ha desarrollado. Aunque la etimología práctica siempre ha utilizado en alguna medida los datos cronológicos, geográficos e históricos, es evidente que ha propendido a exagerar el verbalismo (1), etimologizando sobre solas palabras, y el latinismo, queriendo explicar muchas evoluciones de origen romance como existentes ya en latín. Esto implicaba un concepto erróneo del latín vulgar, al que se atribuía una vitalidad inconcebible y una discrepancia tal del latín conocido, que hubiera hecho de él un idioma aparte. La derivación de palabras y aun la evolución ideal en cuanto había una coincidencia de las formas románicas, y aun sin haberla a veces, se atribuía al latín, inventándose ese vocabulario de asteriscos de un latín muy cómodo para explicarlo todo, pero fundado en muy débiles razones. Implicaba además esta tendencia el grave error de no apreciar bien el nunca interrumpido dinamismo del lenguaje, fijando en un seco esquema binario, el momento latino y el actual, la compleja evolución romance, como si las lenguas románicas hubieran sido inertes y pasivas, incapaces de la proliferación formal e ideal que gratuita-

(1) *Idola verbi*, según la expresión de Saineau.

mente se atribuía al latín. No puede en efecto un idioma románico considerarse como herencia muerta de latinos, germanos o griegos, prescindiendo de la posterior colaboración de las multitudes, a las que se deben la mayor parte de las derivaciones y de las desviaciones semánticas. En las mil metáforas, bajo las cuales a falta de una concepción intelectual vemos el lenguaje, es difícil precisar cuales de ellas, si los ríos de Mauthner, si los símbolos biológicos, pueden tener mayor valor; cualquiera parecería admisible menos esas metáforas de muerte y herencia, que suponen interrupción entre lo que es vida infinita, matización indefinida de una lengua siempre cambiante y en el fondo siempre la misma. La idea de la pasividad romance y de la vitalidad latina culmina en la tesis de Mohl (1), que atribuía nada menos que la escisión fonética dialectal de la Rumania a las diferencias dialectales latinas.

La etimología vitalista no considera el lenguaje en la unidad artificiosa de la lengua oficial, sino como una vastísima complejidad de dialectos mutuamente influidos y como una superposición de dialectos sociales. «Si no buscamos, dice Jaberg (2) una falsa simplificación, la evolución de las palabras se ofrece en una complicación desconcertante para el que las miraba desde el punto de vista de la lingüística clásica; mas esa es la realidad, y ante ella los métodos simplicistas de la investigación etimológica tienen que fracasar.»

Angustiosa complicación esta que la lengua nos ofrece; aunque siempre será mejor asombrarnos de la complejidad, que engañarnos con una mentida sencillez. «La ciencia del lenguaje, dice Brunot (3), ha de descubrirnos lo que el lenguaje es, sus cruces e inconsecuencias, su organización inestable, revesada y compleja, como es la naturaleza, no alineada y simplista, como la falsa ciencia nos la presenta.» Es pues un absurdo soñar con la uniformidad, si una lengua es intricado polimorfismo e indeterminable irradiación ideal. Con un criterio mucho más comprensivo que el de su amo decía ya Sancho: «No hay para qué obligar al sayagues a que hable co-

(1) *Introduction a la chronologie du latin vulgaire*, 16.

(2) *Romania*, 46, 125.

(3) *La pensée et la langue*, XII.

mo el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido» Pensamiento justo, que el buen juicio del licenciado confirmaba: «Así es, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos» (1) Resalta siempre frente a la supuesta fijeza de la lengua una contienda nunca concluida; un choque de las transgresiones incesantes con las resistencias de la multitud, y de todo foco lingüístico con sus froterizos; el prurito literario de huir de la vulgaridad y el empeño del vulgo de seguir a los cultos, la cultura derramada por el pueblo y la rusticidad elevada por la poesía y por enfermizos caprichos de imitación.

La etimología vitalista ha encontrado un maravilloso campo de observación en la geografía lingüística, (2) de la que ha sido propulsor y cultivador incansable Gillieron.

En las zonas donde los dialectos han cristalizado por tranquila sedimentación, o donde fundamentalmente al menos las viejas fronteras subsisten, estos estudios permiten sorprender las condiciones en que las palabras han evolucionado.

Ni las más profundas divagaciones idealistas compiten en fuerza evocadora y persuasiva con estos casos de pequeños conflictos geográficos, a los que el espíritu popular da las más singulares e inesperadas soluciones. Sobre las cartas vemos con claridad a qué queda reducida la supuesta uniformidad fonética (3) y con qué variedad en las invasiones de palabras los dialectos reaccionan. Por desgracia para la etimología española en ninguna otra provincia románica son tan inquietantes y difíciles los trabajos geográficos como en nuestra península, donde la persistencia y pesadumbre de la do-

(1) *Quijote*, II. 19.

(2) No quiere decir que por sí pueda resolver esta investigación el problema etimológico de un pueblo, pero no puede suscribirse este juicio de Sainean: «La geografía lingüística desde el punto de vista estrictamente etimológico no ha reportado resultado alguno apreciable». Op. cit. I, 17.

(3) El llamado *milagro fonético* no autoriza a la otra exageración de admitir que cada palabra sigue una evolución fonética independiente; sí a reconocer que las leyes no abarcan necesariamente todas las palabras y que estas pueden tener áreas geográficas distintas.

minación árabe ahogó el grupo de los dialectos meridionales, en cuyo vacío se precipitaron en confuso tropel los dialectos del norte.

No hay que decir que los datos históricos de procesos intermedios son valiosos y a veces decisivo testimonio para la etimología. Conseguir la determinación cronológica, geográfica y social, fijar, como dice Sainean, el estado civil de una palabra, es facilitar su filiación. Pero por ser a veces la historia juez supremo de la etimología se había llegado hasta el fetichismo histórico. Tal es el punto de vista de Littré, para quien la historia es la piedra angular de *toda* etimología; principio teóricamente admisible, pero que en la realidad no tiene por desgracia aplicación. «La etimología, dice Bertoní para probar su sujeción a los datos históricos, es historia». Evidente afirmación. La etimología es historia, pero historia en que casi siempre faltan los datos o son insuficientes; historia llena de lagunas, que hay que rellenar con testimonios indirectos y con hipótesis; historia cuyos trazos genéricos se descubren en la literatura, precisamente escasa y casi nula en los orígenes, bajo la cual ha corrido el desbordante caudal de la lengua viva; historia cuya ruta marcan escasos hallazgos y que hay que reconstituir por débiles huellas y por sagaces deducciones. Es la más segura, evidentemente, la etimología histórica, con que tropezamos en nuestras lecturas literarias, es la más tranquila la etimología de ocasión, la caza sentada de la etimología; mas de cuyos ruines resultados no puede vivir esta ciencia, que requerirá los recursos y datos precisos, pero que seguirá avanzando y orientándose como pueda cuando aquellos falten. El precioso auxilio que a la etimología francesa han prestado sus envidiables diccionarios históricos justifica la devoción a los datos literarios; pero no puede admitirse que la etimología se estanque cuando aquellos falten, ni llevar la fe histórica al extremo de jugar con argumentos *ex silentio*, creyendo que una voz nace en la lengua cuando aparece en la literatura.

Otra tendencia que a la investigación etimológica ha de prestar útiles servicios es el estudiar las voces sobre la misma realidad. Es a Schuchardt a quien principalmente se debe esta modalidad de la investigación filológica, cultural y folkloris-

tica, que sirve de objeto a una excelente revista, (1) y de la que hay monografías magistrales, como la de Krüger, de Sanabria, de la colección de estudios sobre cultura y lengua de la Universidad de Hamburgo.

VI. La etimología comparativa idealista o etimología de grupos ideológicos

Doy este nombre a una nueva modalidad en la investigación etimológica. Consiste en referir muchas modificaciones de forma a los contactos ideales que ciertas palabras han sufrido por pertenecer a un mismo grupo semántico, entendiendo convencionalmente por ideales lo mismo los puros conceptos que las intuiciones sensibles. Esta metodología coincide con la idealista en apreciar el predominante influjo del pensamiento en el lenguaje, pero discrepa en considerar que las palabras no pueden estudiarse como seres aislados de historia independiente, sino que muchas de las evoluciones son debidas al influjo de aquellas con las que viven en comunidad ideal.

El hecho de que una palabra haya sido contaminada por la forma de otra no sólo es conocido, sino que se ha utilizado en diversas etimologías. El problema está en apreciar si esa atracción es el origen de algunos hechos, o es una acción fundamental en la vida del lenguaje; si se trata del encuentro ocasional de dos voces, o es un fenómeno que podremos considerar corriente y aun normal, efecto de una función típica del pensamiento; si es un raro caso de azar o un proceso cuyas condiciones puedan puntualizarse hasta constituirse una técnica de su estudio, y cuya fecundidad sea tan singular, que constituya un nuevo campo de la etimología, y como una nueva ciencia etimológica.

No pretende este nuevo método filológico suplantar nada, sino simplemente reconocer que, así como a la etimología fonética corresponde seguir en línea recta a las voces que han vivido una vida dormida, y a la idealista individual proseguir la ruta psicológica que cada palabra independiente ha seguido, toca a esta etimología comparativa el seguir los grupos de palabras cuando se sospecha que por ser íntimos los contac-

(1) *Wörter und Sachen*, Heidelberg, desde 1909.

tos de su vida común ideal han de haber quedado en la forma indelebles huellas de éstos.

Como la etimología comparativa formal abrió nuevos horizontes a la investigación, es posible que esta etimología comparativa idealista dé razón de fenómenos que no tienen explicación en la etimología ideal de las voces aisladas. En un sentido estricto no habría inconveniente en admitir que cada palabra, como cada individuo social, tiene su historia. Pero esa absoluta individuación se mueve en una coincidencia común, que, si no quiere llamarse ley, puede denominarse, al menos, norma histórica. Descubrir los procesos de relación de las voces idealmente afines, la peculiar evolución de cada uno de los grupos y las normas semejantes de grupos distintos, que sean como la trama y filosofía de su historia, será como constituir el armazón de esta filología e iniciar una verdadera semántica viva y concreta, que substituya a la actual semántica, frío y abstracto encasillado, que pretende ser historia. (1) Se trata simplemente en ella de sacar las consecuencias del hecho de que las palabras no viven sino en la frase, ni en el pensamiento son sino hilos de un haz, elementos de una de las agrupaciones maravillosas de orden que permiten a nuestro limitado espíritu manejar lo infinito.

Es curioso que en la expresión compleja se ha tenido en cuenta la condición real de la palabra como fragmento de un *continuum* (Bertoni), como producto del análisis de la frase (Wund), o como miembro separado por un destrozo anatómico (Vossler), y que en la práctica se han tenido en cuenta las

(1) Censura con razón Vossler el tipo de la actual Semántica, aunque, obsesionado por la contraposición del idealismo y positivismo, la califica poco certeramente de *materialista*. De lo que indudablemente peca esta ciencia es de externa y abstracta; de no dar cuenta del proceso íntimo de evolución ideal, contentándose con una clasificación de unas cuantas modalidades, que no se refieren a la entraña del hecho, y que son comunes a todas las lenguas. La semántica, que debiera ser la historia espiritual de las palabras, tiene que dejar de ser una aritmética abstracta de ampliación, disminución, anulación y permutación de significados, y empezar por ser historia, historia concreta e íntima de cada lengua, de la que se deduzcan las leyes históricas y sobre la que pueda fundarse una semántica general. Creer que las actuales clasificaciones son la historia semántica es como creer que con la aplicación de las figuras retóricas se hace una historia literaria.

deformaciones atribuibles a una fonética especial de la frase. Lo mismo en la flexión y en la derivación, aunque con olvidos lamentables (1), se ha reconocido el trato especial que por el mutuo influjo de las formas de un grupo flexivo y de primitivos y derivados tienen todas estas palabras, más sujetas aún que a la fonética a la mutua asimilación de sus formas. Sea cualquiera la interpretación psicológica de esta uniformación y su causa, la nivelación consciente de Osthoff, o la *vis inertiae* de la memoria de Vossler, todos admiten la fuerza de la agrupación, que subtrae las palabras a la acción fonética.

Sorprende por tanto que no se hayan sospechado parecidos efectos en la agrupación ideal (2), cuyo trato no puede compararse al de las formas de una serie flexiva, pero cuya vida de relación es imposible que deje de traducirse en muchos casos en cambio formales de imitación y de amoldación. Si estas amoldaciones no fuesen curiosos ejemplos, sino troquelación incesante, y si el más fecundo de los recursos vitales, el de la derivación, no fuera en el fondo sino asimilación de terminaciones entre sinónimos, habrá que pensar que la etimología no podrá prescindir de la comparación en grupos ideales como sistema de investigación y de contraste.

Los fenómenos formales de agrupación mental debemos admitir que se producen sobre todo en los momentos de *recreación* y en razón de la aptitud de las palabras. Podríamos decir que en la recepción por la audición o por la lectura la característica es la impunidad, que nos permite la aceptación indolente y como pasiva del pensar ajeno; aun la incompleta y oscura satisface a nuestra ilusión o a nuestra pereza; la actividad es infrecuente y la evocación un lujo.

La emisión en cambio, que supone actividad y creación, en la que ya no somos nosotros benévolos jueces, se caracteriza

(1) Así no puede derivarse *ñudo* de *NODUS*, ni *anublar* de *INNUBILARE* etc.: es el primario *NODUS nudo* quien hizo *anudar* de *añudar* *INNODARE* y este quien hizo *ñudo* de *nublo*. Es *NUBILUS nublo* quien hizo *anublar* de *añublar* *INNUBILARE* y este quien hizo *ñublo* de *nublo*.

(2) Algún estudio suelto existe, como el de defectos de la vista de Wartburg, *Die Ausdrücke für die Fehler des Gesichtorgans in den romanischen Sprachen und Dialekten* (*Revue de Dialectologie Romane*, III, 402, y IV, 16), aunque se trata de un grupo cerrado y preconcebido, no determinado por relaciones etimológicas.

por la responsabilidad, por la preocupación en la embarazosa elección de las ideas y de las imágenes justas. Aun la palabra que fluye fácilmente de nuestros labios es una palabra elegida, a veces trabajosamente seleccionada. En unas centésimas de segundo aprecian las experiencias psicológicas la diferencia entre la recepción y la emisión y ellas sin embargo representan un mundo de actividades. En esos momentos de *re-creación*, en que del lecho del espíritu llamamos a nueva vida al lenguaje dormido, en esa coordinación de representaciones y en esa elección obligada, precipitada siempre por el ritmo perentorio de la conversación, es cuando, si las imágenes se nublan y la imaginación vacila, las formas se atropellan y contagian. Así es como se producen esas transgresiones deslizadas por la prisa, engendradora de un cierto automatismo psicológico, que nos hace errar en contra de nuestro ideario gramatical.

La aptitud de las palabras en esta etimología comparativa no se ha de entender como la supuesta propensión patológica individual en el raro idealismo de Gillieron, sino como una serie de circunstancias complejísimas, unas referentes a la forma de cada palabra, pero las más, y las más decisivas, referentes a la misma cosa como objetividad y como representación mental. Es casi imposible que ANATE, aplicado a un ave, y ANATICULA, aplicado por metáfora del ánade a una pieza de hierro de la piedra del molino, siguieran la misma suerte, estando en distinta condición fonética *ánade* frente a *nadija*, roto el lazo familiar que les unía etimológicamente, y aplicado el uno a un ave poco confundible y el segundo a un hierro de forma variable, que difícilmente evocaría por sí la idea de ánade, y que, perdido ideológicamente, se relacionó con *nave*, *navija*, y que luego forzándose el parecido formal de la palabra y del objeto se confundió con *lavija* 'clavija'. Favorece la acción del influjo ideal el que una palabra haya roto el vínculo etimológico, quedando abandonada a su propia suerte; en cambio en la agrupación familiar, que por un lado perturba por su acción niveladora, las palabras se salvan mutuamente, porque el influjo extraño no actúa a la vez sobre todas las voces del grupo. Esta perturbación mental comienza en cuanto en la forma de la palabra o en su idea se produce un estado borroso, y se activa cuando en ella se descubre la proximidad formal o

ideológica con otra más fuertemente definida. Ésta gradación desde el estado firme e inconfundible de una voz, hasta el de mayor inestabilidad y confusión, si depende de condiciones generales de ella misma, depende también de condiciones circunstanciales, y desde luego de las condiciones subjetivas de los que usan las palabras. Así especies de animales y plantas, que un naturalista identificará con facilidad, en el vulgo se permutan y refunden, se agrupan arbitrariamente y se simplifican. Además en las relaciones mentales hay que contar no solo las que friamente consideraríamos lógicas, sino muchas otras forzadas y engañosas, que forja la excesiva viveza de la imaginación popular y su crédula ingenuidad.

Determinar aquí en extenso el esquema de esta nueva técnica etimológica y el fijar los grupos ideales y las características de cada uno sería anticipar los detalles de un trabajo no concluido, y cuya fuerza de convicción no podrá sentirse hasta que la demostración se funde en un número abrumador de ejemplos.

Desde luego estos grupos ideológicos no son grupos gramaticales establecidos por una razón previa. Para su constitución no sirven las normas de la sinonimia corriente, ni sirven mas que como orientación inicial todos los sistemas de clasificación de conceptos, ni las bases científicas o prácticas de los diccionarios de ideas, guías útiles para algún diseño provisional, pero que a cada paso hay que cambiar o romper en la marcha de esa lógica desconcertante de las multitudes, en que los ríos se remontan, en que lo episódico se hace substancial, y en que hay que esperar a cada momento lo inesperado. Ni sirven tampoco las vistas de conjunto de Sainean, al fin agrupaciones preconcebidas de etimología prejuugada. Ni han de ser finalmente grupos formales de una idea, como los de los Atlas y los de los estudios geográficos de un ser. No han de ser en definitiva esos de que hablo grupos hechos y cerrados, sino los que resulten en el fluir libre de la experiencia etimológica.

En esta etimología comparativa se apreciará qué inútiles son muchos de los esfuerzos prodigados en la etimología individualista. Con todos los recursos fonéticos e idealistas ha

perseguido Niedermann en dos ocasiones (1) la rara forma francesa *orme* 'olmo'; creyendo haber descubierto la razón en *ormel*, por disimilación de *olmel* ULMELLUS; resultado satisfactorio en el desierto, pero inadmisibile en la comparación de las palabras. En una vista de conjunto se ve que, si ALNUS dió *almo álamo* en la Península, fué por interferencia de *olmo*, y que si el fr. *orme* tiene *r* no es por la soñada disimilación, sino por *orne* ORNUS; siendo el más significativo de los casos el rumano *urm* 'fresno' que ha mantenido la idea de ORNUS y ha tomado la forma de ULMUS.

En esta etimología se aprecia la peligrosa obsesión semántica a que por necesidad propende la etimología individual. En el grupo de voces que significan 'resbalar' la norma ideológica más frecuente es el tránsito de 'liso, lúbrico' a la idea de 'resbalar, escurrirse' y frecuentemente de ésta a la de 'escapar y esconderse'. (2) Con esta norma el francés *mucer* 'esconderse', como el asturiano *esmucirse* 'irse de las manos' se enlazan sin dificultad con MUCERE 'ponerse mohoso' y MUCIDUS 'mohoso', poniéndose fin a una de las más laboriosas pesquisas románicas (3).

En cada grupo la característica de evolución varía. En algunos es esta una idea conectiva sencilla, descubierta la cual se sigue con facilidad la historia de sus elementos.

Hay varias cuyas permutaciones ideales serían incomprensibles en la investigación individual, por ser base del cambio

(1) *Indogermanischen Forschungen*, XV, 106 y *Archivum Romanicum*, V, 447.

(2) Así en el cat. *eslapar* 'resbalar y escaparse'; así en *liso deslizarse*, etcétera.

(3) Ha sido la obsesión de la idea de 'esconderse' la que ha dificultado la investigación del fr. *musser mucer* 'esconderse', que Sainean cita entre las voces enigmáticas y como indescifrables. Ella guió a Thurneysen, *Keltoromanisches*, 108, para relacionarla con el irlandés *muchain* 'ocultarse', y ella ha inspirado a Meyer-Lübke, *REtW*, 5722, para inventar un fantástico *mukiare* 'ocultarse'. Pero no puede olvidarse, que, si el francés significa 'esconderse', la forma *esmucier* de las Glosas de Raschi, del S. XI, significó 'escaparse' y ésta es inseparable del italiano *smucciare* 'resbalar' y del cast. *esmuciarse* 'irse de las manos' ambas relacionadas con el ast. *esmucirse* 'irse de las manos' de MUCERE 'ponerse resbaladizo' y aquellas de MUCIDUS 'resbaladizo'.

una idea genérica, que sirve de denominador común, y que se convierte en particular en circunstancias especiales. Tal ocurre en las denominaciones genéricas del ganado, *cría*, *padre*, *ganado*, *hacienda*, y en las particulares que pasan a genéricas, las cuales por el predominio regional de una especie se aplican a ésta, en contradicción con los nombres de otras regiones.

Por estas bases conectivas las significaciones más remotas, indescifrables en la semántica individual, se descubren con facilidad. Que una palabra signifique 'nuez' y 'pie de la col' no podría admitirse; que el fr. *plume* haya podido pasar de la idea de 'pluma' a la de 'vainas de las legumbres' parece a Gillierón inconcebible; y sin embargo en la comparación del grupo estos resultados discordantes son normales, sirviendo de base de permutación la idea de 'mondar, pelar'. (1)

El número de etimologías fonéticas que hay que someter a revisión de este método comparativo es considerable; por derivado fonético del gótico BRAMBESI tiene el último diccionario románico a la vez *framboise*, y por derivado normal de un supuesto FRAGEA tenía Körtinǵ, 3946, a *fraise*, cuando la realidad es que *fraise* no remonta al latín, sino que nace de *fraie* FRAGA, y que *fraise framboise* son formas secundarias mutuamente influídas.

Muchas de las explicaciones idealistas convencionales tienen más racional explicación en la etimología comparativa.

A la debilidad semántica de *oublier* OBLITARE atribuye Gillierón, con su criterio médico de terapéutica verbal, y su tecnicismo materialista, la absurda prefijación de los tipos dialectales *roublier* y *esblidá*, como si *oublier* y el cast. *olvidar* no tuviesen suficiente fuerza expresiva y hubiese buscado el primero como confortante la prefijación. El hecho es sin embargo

(1) En este grupo románico no sólo *pluma*, sino CARYON 'cáscara de nuez' PILUS 'pelo', CORTEX 'corteza' y otros que designan 'cáscara, tegumento' pasan a la derivación verbal 'pelar, desplumar' etc.; y, tomando este verbo una acepción más genérica que el primitivo, llegan los deverbativos, y aun el primitivo, a aplicarse a otra especie. Es el caso de *caryon* 'nuez' cuyos derivados se aplican en España, no sólo al acto de quitar la cáscara y el erizo de la castaña, sino también al de 'deshojar el maíz, desgranar uvas y arrancar 'legumbres' y cuyos deverbativos significan 'corazón del maíz, grano de uva, pie de legumbre, etc.'

muy sencillo y uno de tantos en nuestro idealismo comparativo. Viéndose en los compañeros ideales de *oublier*, en los derivados de REMEMORARE, RECORDARI y EXCORDARI una doble idea, la verbal y la de repetición y deducción de los prefijos *re ex*, se aplica este mismo tipo mental doble al simple *oublier* y se hace *roublier*, *esblidá*, sin pensar en la absurda consecuencia de que *re-olvidar* y *des-olvidar* implican una contradicción. Es el caso español de *escupir*, cuyo prefijo nació de la comparación de tipo verbal simple *cospir* CON PUERE con los derivados de SPUTARE, STERNUTARE, en los que no real pero sí acústicamente se contenía el prefijo de expulsión *ex*.

Sainean (1) ha notado que hay grupos enigmáticos de las significaciones más vulgares, como el de palabras que significan 'harapo', Esto se comprende bien en la metodología comparativa, por ser los grupos más usados y de formas más complejas los más sujetos a la acción ideal. Inútil será buscar la etimología individual del fr. *fripe* 'harapo'; pero sometido al contraste del grupo se ve que el indescifrable enigma es un caso poco difícil, pues usándose desde el siglo XIII *frepe* 'harapo' de FALUPPA 'harpillera' junto a *chipe* y *nippe* 'harapo' *frepe* se hizo *fripe* en el siglo XVI por uniformación del grupo.

Este contraste del método comparativo nos descubre huellas de voces perdidas. Que el fr. *oursin* 'erizo de mar' y el santanderino *horcino* 'erizo de la castaña' se deriven de ERICIU es razonable, pero insuficiente. Estudiada esta voz en el grupo de relaciones ideales hay que admitir que ERICIU se hizo *orcino* en competencia con su sinónimo ECHINU 'erizo de castaña y erizo animal' desaparecido más tarde. La huella de LUSCU 'tuerto' la vemos en el ast. *llisgu* 'bizco' en el que LUSCU se ha injertado y en el que ha disuelto hasta hacerla desaparecer su significación.

La distancia formal y geográfica de muchas voces no impide descubrir el parentesco en este sistema, como ocurre en la etimología individual. La maraña de formas que significan la

(1) Op. cit. II. 200.

horca de aventar parte de tres cabos, VENTILARE, MERGA y MERGULA. El fr. *mergle* resulta enlazado con el cordobés *biergol* y casi todas las formas españolas son híbridas de los tres orígenes. (1)

En este sistema se demuestra con razones el caso de fusión etimológica, más frecuente de lo que se cree, como el del español *vezar* *avezar*, en que se han fundido en cuerpo y espíritu dos voces originalmente distanciadas como VITIARE y VESARI; y como el del fr. *aimer*, fusión de dos sinónimos AMARE y AESTIMARE.

En él veremos que no es un caso gramatical, sino atracción mutua de sinónimos, la diversificación genérica, que tantos vuelos va tomando en castellano, en el tipo *hoyo* por *pozo* y *poza* por *hoya*. Y como efecto de este influjo ideal estudiaremos muchos hechos, que se consideraban independientes, como *seguir*, *embair* (SEQUIRE, INVADIRE) inexplicables, si no es relacionándolos con IRE VENIRE.

Por último, el más importante de los fenómenos del lenguaje, la creación de palabras por sufijación, espero probar en un próximo estudio que en conjunto no es sino la uniformación de un grupo semántico (2), por la cual una terminación material, fuera antes sufijo o no, se propaga a voces afines. Y aquí está el mayor error de la etimología románica: el creer originales estas sufijaciones, que el vulgo forja y propaga. La historia de los morfemas nos probará que *neblina*, *escurina*, *calorina* y *solina* y el ast. *borrina*, 'bruma' ni tienen el sufijo *ina* que creemos, ni son propiamente derivados de *niebla* y *calor* y *borra* BOREAS, sino productos de la nivelación con *calina* CALIGINE; que el fr. *firlimouse* 'cara' no tiene el origen supuesto, sino que es *filomie* 'fisonomía' uniformado con *firimouse*, y que éste no tiene el fantástico sufijo *ouse*, sino

(1) De MERGULA el toledano *bierla* y el cordobés *biergol*, con la *b* de los derivados de VENTILARE. De MERGA *mielga* con la *l* de *bieldo*. *Bielda* de *vieldo*, de VENTILARE, con el género de *mielga*.

(2) Por eso los sufijos tienen significaciones comunes, tomadas del grupo semántico, las cuales por espejismo mental nos parecen originales del sufijo; el sufijo francés de *omnibus* propagado a *autobús*, *aerobús*, va tomando una significación común prestada del tema, que, de extenderse algún día parecería original.

que es *frime* 'cara' moldeado sobre *mouse* 'cara' del latín MUTIU.

Siendo pues la evolución lingüística un hecho más sujeto aún que a la fonética a la acción mental, no hay más remedio que sustituir en la etimología la fórmula clásica *tal palabra de tal otra* por expresiones complejas en que se retrate el complicado influjo ideal.

La nueva etimología, podrá objetarse, se parecerá entonces a los juegos de imaginación de los que sin fonética ni historia forjan sus orígenes. Y así es en efecto. Esta nueva etimología ha de ser un juego de imaginación, que el ignorante confundirá con el divertido juego de los juglares de la etimología. No habrá más diferencia que ésta, que el juglar etimologiza siguiendo los juegos de su imaginación y el nuevo técnico siguiendo los juegos de la imaginación popular, descubriendo con fiel atención los caprichosos giros que la fantasía del pueblo imprimió a las palabras.

La variedad de aptitudes que estos nuevos métodos han de imponer al etimologista han de hacer cada vez más difícil su labor. Ya no le bastará su cultura fonética e histórica, sino que necesitará una nueva cultura de experiencia verbal, geográfica y folklorística, y sobre todo una perfección de los métodos psicológicos, que le guíen en esa arriesgada acrobacia de los hilos del espíritu. Todo ello unido a la aptitud individual, a la serenidad clínica y a la sagacidad, a esa *sagacitas* etimológica y olfativa, verdadero instinto venatorio, según la feliz frase de Tongiorgi, sin el cual el etimologista, abrumado bajo el peso de su instrumental, caerá sin remedio.

Por la misma dificultad de la etimología los mismos fracasos etimológicos merecen respeto. No aspira tampoco la etimología a descubrirlo todo. En el fondo de ese océano verbal donde las generaciones han dejado las finezas y aberraciones de su espíritu, sus creencias y su historia, quedarán siempre rincones inexplorados.

No importa: donde haya huellas de algún modo perceptibles el espíritu humano reconstruirá la vida. De esos grupos misteriosos que ahora calificamos de indescifrables muchos hallarán expresivos intérpretes. A veces la llave de los enigmas aparece y las esfinges hablan.

que se tiene que hacer sobre estos puntos...
...debe ser un estudio profundo de los hechos...
...que se han producido en el campo...
...de la vida social y económica...

La historia económica de España...
...debe ser un estudio profundo de los hechos...
...que se han producido en el campo...
...de la vida social y económica...

La historia económica de España...
...debe ser un estudio profundo de los hechos...
...que se han producido en el campo...
...de la vida social y económica...

La historia económica de España...
...debe ser un estudio profundo de los hechos...
...que se han producido en el campo...
...de la vida social y económica...

DISCURSO

DE

D. RAMON MENENDEZ PIDAL

DISCOURD

D. RAMON MENENDES TIDAL

Don Vicente García de Diego entra en la Academia como erudito en los estudios gramaticales y filológicos, los cuales cultiva en aspectos varios, que trataré de especificar brevemente.

En primer lugar el señor García de Diego se consagra con señalada preferencia a la etimología, especialidad de las menos atendidas entre nosotros, tanto en la Academia como fuera de ella.

En la Academia están varios, podría decir estamos varios, que trabajamos en la etimología, que indagamos etimologías; pero ninguno que se dedique preferentemente a etimologizar, como el señor García de Diego; y ya se sabe el gran valor que la especialización tiene. La dedicación no sólo reporta abundancia de frutos en la especialidad, sino que procura mejor calidad en ellos. Por esto es bien venido entre nosotros García de Diego, que puede traer a nuestras tareas resultados muy útiles por el número y por la excelencia.

La Academia se preocupó siempre de los orígenes de las palabras, sobre todo a partir de la edición duodécima de su diccionario, aparecida en 1884, en la cual se incorporó la etimología como parte fundamental del léxico. Mas a pesar de esto, suele mirarse la parte etimológica de nuestra obra como un mero paréntesis, alarde inútil de ciencia lingüística.

Suele creerse que la etimología es una simple curiosidad, erudita casi siempre, vulgar alguna que otra vez, pero siempre ociosa. Hasta hay tratadistas, muy modernos por cierto, que niegan eficacia práctica a cualquier estudio etimológico de la lengua materna, porque piensan que los medios de expresión cotidianos no se alteran en nada por el estudio histórico del idioma. Los que esto afirman dan valor, como no pueden menos, al instinto etimológico, pero sólo al instinto vulgar, al que todos desarrollan espontánea e inconscientemente al hablar, relacionando unas palabras con otras de igual familia; no

estiman en nada el sentido etimológico que puede nacer del estudio. Y aquí está el error.

El instinto vulgar lleva a una porción de equivocaciones, de que no están exentos los mismos literatos. Hay escritor que describe «un rostro *ceruleo*» creyendo decirnos que es de color de *cera*; hay orador que habla de «*escogitar* un buen juez» pensando que tal verbo es un refuerzo sonoro de *escoger*. Esta que se llama *etimología popular* es reconocida por todos como elemento activo en la vida o evolución de los medios expresivos. Pero entonces, ¿cómo no reconocer también un elemento activo en la etimología docta y estudiosa, la que desecha esas falsas representaciones en el comienzo de la divulgación y las veda al escritor o al hablante más instruído?

El relacionar las palabras entre sí por sus raíces originarias es uno de los fundamentos de la expresión, lo mismo en el rústico que en el docto. No es acertado atender al sentimiento lingüístico de aquél, espontáneo e inconsulto, y desentenderse del sentimiento estudioso y reflexivo de éste, porque no hay entre ambos más que una diferencia accidental: las relaciones etimológicas que establece el hombre rudo son superficiales y escasas, mientras que las establecidas por el hombre culto son más vastas y complicadas, cada vez más complejas, según es mayor su cultura.

El desarrollo del sentido etimológico es perfección del escritor. Esto lo reconocen desde antiguo los literatos propensos al purismo, tradicionismo y demás tendencias conservadoras del idioma, pero también lo reconocen los escritores neologistas. Rubén Darío, por ejemplo, se jacta de haber renovado el lenguaje en su *Azul* mediante el «estudio y la fijeza del significado etimológico de cada vocablo». No en vano la etimología es el *etós* 'lo verdadero' lo fundamental de la palabra, el alma que rige toda su vida semántica y expresiva. Orientar en lo posible la expresión de una palabra hacia su origen es aumentar su fuerza evocadora, pues cuando la luz tradicional alumbra meridianamente, y no de soslayo, la palabra tiene la máxima claridad. En cambio cuando esa luz declina hasta traspasar el horizonte, la expresión decae y palidece; no es extraño que los rostros se vuelvan de color *ceruleo*.

El sentido etimológico ha de obrar en nuestro lenguaje, a

derechas o torcidamente; consagrémosle toda la atención que merece, y nunca será bastante el cuidado que pongamos en ilustrarlo; bien vemos que no se trata sólo de un instinto inconsciente, una propensión espontánea e inculta, sino que ha de ser afinado por el estudio, según dice Rubén Darío. Pôr esto la etimología erudita no es simple obra científica, sino que en muchas ocasiones pasa del lingüista al literato y de éste al hombre inculto.

Claro está que el Diccionario es el principal conducto de esta transmisión desde el campo de la ciencia hasta el de la expresión práctica. No sólo porque el Diccionario contribuye a vulgarizar etimologías, sino porque atiende a fijar el sentido etimológico de las voces, muchas más veces y con más esfuerzo que el hablante; busca esta adecuación etimológica como por oficio y a veces excediéndose en su tarea.

A este propósito hay que observar que el lexicógrafo, lo mismo que el hablante, está expuesto también al error etimológico; así como hay la etimología popular, que desvía el significado de una voz, hay también una falsa etimología que descamina a los eruditos. Desde Nebrija acá ¡cuántas veces la definición de una palabra en un Diccionario no ha padecido extravío algo semejante al del falso concepto de *ceruleo* y *escogitar*! En casos vulgares como estos, la torcedura del concepto es enorme; entre los lexicógrafos suele producirse sólo un pequeño alabeo, pero la deformación es de la misma clase. Así cuando definimos la voz *cueto* como 'sitio alto y defendido' la definición se halla alabeada con la idea de defensa; se ha torcido un poco por el peso de la etimología inexacta, por creer que *cueto* es, igualmente que *coto*, derivado del latín CAUTUS 'seguro, defendido'.

No son pocas estas etimologías equivocadas que corren en los libros; de ahí otra causa del escepticismo con que vulgarmente se mira esta ciencia; como si el peligro del error fuese evitable en cualquier orden de estudios y más en el estudio de orígenes. El reconocimiento de las graves dificultades con que lucha la etimología no puede suscitar desvío, sino mayor energía para dominarlas.

Verdad es que la etimología llevó vida muy desprestigiada durante muchos siglos. Se etimologizaba por lo común como

hace nuestro Alonso de Palencia cuando en su *Vocabulario Universal* explica la palabra *bombarda* «de *bon*, en saliendo la piedra, y *bar*, mientras que va, y *da*, cuando ya fiere».

Hasta el siglo pasado no se metodizó la etimología con carácter científico, arrinconando infinidad de las etimologías viejas. Y pensando en esta renovación, alguien al oír la exposición de principios que nos acaba de hacer el señor García de Diego habrá sentido renacer su pesimismo. Se intenta ahora otra nueva ciencia etimológica; la del siglo pasado deberá arrumbarse como descaminada, y ¿quien fía el acierto de las nuevas tendencias? Pero el mismo García de Diego nos devuelve la tranquilidad. Solos los neómanos proclaman la inutilidad de la etimología que se venía ejercitando. El señor García de Diego, con sereno espíritu científico, se aparta de tal exageración. Según acabamos de oír, aunque crea que muchas etimologías fonéticas necesitan revisión, admira el gran conjunto de ellas, y puestas las cosas en su punto, reconoce que la etimología no nace ahora, con las nuevas tendencias, sino que avanza, sentando trabajosamente sus pasos por el difícil terreno que recorre; usa ahora con preferencia ciertos principios y ciertos métodos, que, como advierte muy bien García de Diego, fueron usados todos por los etimólogos antiguos, si bien no lo fueron con la amplitud y penetración que ahora.

Se trabaja al presente por metodizar todos esos principios, antes poco tenidos en cuenta; se esfuerzan muchos etimólogos de ahora por darles firmeza y rigor científicos; otros se exceden en entusiasmo al aplicar las teorías de moda y entonces se mueven en el vacío de la arbitrariedad, igual que los etimologistas anteriores al fonetismo; de algunos de ahora podrá pensarse con Quevedo: practican tarea «más entretenida que demostrada, y dicen que averiguan lo que inventan».

Pero García de Diego por su temperamento se libra fácilmente de extravíos, y su vasta y continua labor etimológica es de gran solidez. No podemos hacer aquí alarde y recuento de sus principales resultados: tendríamos que recorrer muchas páginas de revistas especiales donde viene publicando disquisiciones de este género: el *Boletín* de nuestra Academia (1), la

(1) Tomos VI y VII, *Miscelánea etimológica*.

Revista de Filología Española, (1) la *Zeitschrift für romanische Philologie*, (2) de Halle, el *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, (3), *Modern Language Review*, de Londres, (4) *Modern Philologie*, de Chicago, (5) la *Romanic Review*, de la Universidad de Nueva York, (6) la *Zeitschrift des Deutschen wissenschaftlichen Vereins*, de Buenos Aires. (7), Basta citar aparte el volumen *Contribución al Diccionario hispánico etimológico*, (8) colección de 658 artículos, donde se dilucidan otras tantas etimologías difíciles, aduciendo para ellas multitud de vocablos interesantes, recogidos en la literatura, en los diccionarios y en las hablas dialectales de la Península desde Portugal hasta Cataluña.

Algunos de los estudios de García de Diego están especialmente consagrados a vocablos que se explican por esos principios etimológicos, antes poco tenidos en cuenta, como las formas regresivas, o el cruce de sinónimos. En el que titula *Origen de los morfemas*, 1916, esclarece con nuevas observaciones el sentido primitivo de los sufijos, que en el estado actual de desarrollo de los idiomas no asequible fácilmente. El sufijo no nace como un elemento dotado de cierta individualidad, provisto de una especial y clara significación, sino que aparece como simple propagación de la forma terminal de una palabra dada, que se traspasa a otra palabra cuando ambas voces tienen alguna conexión semántica entre sí. Por ejemplo el final de *trapo* influye en *harapo*, y ambos propagan su terminación a *guiñapo* y a *haldrapo*, mostrándonos un comienzo de creación de sufijo nuevo-*apo*. Lo mismo en la formación de significados nuevos de un sufijo. El sufijo adjetivo-*ino* que tenía el latín y conserva el castellano (*femenino-mortecino*) se hace sufijo diminutivo partiendo de ciertos ca-

(1) Tomos VI y VII, *Etimologías españolas*. Tomo XI. *Notas filológicas*. Tomo IX, *Cruces de sinónimos*.

(2) Tomo XLI, *Etimologiæ hispanæ notæ*.

(3) Año 1918.

(4) Tomo XIV, *Sobre el español majada; sobre el español calavera*.

(5) Tomo XVI, *Formas regresivas españolas*.

(6) Tomo XI, *Cruces de sinónimos*.

(7) Año 1919, *El argentino yuyo*.

(8) Anejo II de la Colección de la *Revista de Filología Española*, publicada en 1925.

sos, como «*catulus leoninus*», «*pullus palumbinus, anatinus*» etc., en que el adjetivo calificaba a crias de animales; aquí la idea de pequeñez no está en el adjetivo terminado en *-ino*, sino en el sustantivo que indica el cachorro o el pollo; pero al sustantivarse *palumbinus, anatinus*, las voces *palomino anadino* indicaban un animal pequeño, y su terminación se propagó a otro orden de palabras, como *cebollino*, y en el noroeste de la península se extendió el sufijo como diminutivo corriente a todo sustantivo: *sombrerino* o *sombrerín*, *viejino* o *viejín*, *puertina*, *casina*, etc., y así la terminación adjetiva *-ino* por influencia de pocas palabras, tomó un sentido nuevo general.

Con trabajos como estos, el señor García de Diego contribuyó a metodizar las nuevas actividades de la ciencia etimológica, y por eso muy principalmente la Academia le acoge hoy en su gremio. Preocupada siempre en perfeccionar esa breve, pero difícilísima afirmación histórica, que sirve de base a las definiciones de cada palabra de su léxico, y pensando que la mies es demasiada y los obreros pocos, puede complacerse en contar para la operosa tarea con el concurso de quien ya ha aportado tanta contribución al diccionario etimológico hispano.

*
* *

¶ Pero la particular dedicación a la etimología no quita que la especialidad del señor García de Diego sea más amplia. Es la amplia especialidad filológica.

Consagrado por su profesión a los estudios lingüísticos, no se limita a aquello poco que la profesión suele exigir de la mayoría de los profesores, sino que procura ensanchar con trabajos personales la materia propia de la cátedra que explica.

Catedrático de Latín en el Instituto del Cardenal Cisneros, como nuestro antiguo censor don Francisco Commelerán, ha escrito, como éste, libros de enseñanza. Una *Gramática histórica latina* (1912), notable por su erudición; una *Antología latina* (1904) y unos *Ejercicios latinos*, guías prácticas en que al esmero del erudito en atenderse a las buenas ediciones de los autores clásicos, se une al acierto pedagógico; tiende en ellas a disponer los ejercicios convenientemente para que sirvan a

un doble fin: la enseñanza en la lengua latina, que pide una gradación en la dificultad de comprensión por parte del alumno, y la enseñanza de la historia literaria, que pide orden cronológico.

Pero además García de Diego ha hecho trabajos de pura investigación en el campo latino, aunque mirando siempre a la historia del idioma español. Pueden recordarse sus *Notas sobre el latín vulgar de España*, o su estudio acerca de *Divergentes latinos* (1), donde, fundado en varias formas conservadas hoy en los dialectos españoles, deduce la existencia de formas vulgares usadas en el latín de la antigua Hispania, divergentes de las formas propias del latín clásico.

*
* *

Hay también en la obra de García de Diego un aspecto filológico-literario que se manifiesta en ediciones de autores antiguos, provistas de breves estudios críticos. La edición que nos ha dado García de Diego de las *Canciones y decires del Marqués de Santillana* (1913) representa una considerable mejora del texto hasta ahora corriente: el editor explora y aprovecha las canciones medievales para sacar de ellas muy útiles variantes, y gracias a estas variates se aclaran multitud de versos que hasta ahora nos eran ininteligibles en el texto divulgado por Amador de los Ríos. Además da al pie de las páginas un útil comentario explicativo de las voces, giros y alusiones histórico-mitológicas contenidas en los versos del Marqués.

Con parecidos cuidados está publicado por García de Diego el *Epistolario espiritual del Beato Juan de Avila* (1912), cuyas notas esclarecen muchas cuestiones léxicas y gramaticales. En otras ediciones, por la índole especial de las obras publicadas, atiende más a la evolución del texto y al comentario histórico-literario que a la parte lingüística; así en las *Poesías de Fernando de Herrera* (1914) y lo mismo en la *República literaria de Saavedra Fajardo* (1922), donde naturalmente preocupa la cuestión de las varias redacciones que tuvo la obra.

*
* *

(1) *Revista de Filología Española*, Tomo V.

La historia de la lengua española debe a García de Diego muchos trabajos especiales: *La renovación del castellano*, *Influjo del francés y del italiano en el español*. *Voces concordantes en francés y en español*, un sagaz estudio sobre *Falsos nominativos españoles* (1), y otros, publicados en varias revistas, cuyos índices no podemos esquilmar aquí. Mencionemos sin embargo una simple traducción, la que García de Diego hace del tratado sobre la *Inflexión de las vocales en español*, escrito por el docto checo Max Krepinsky; en las muchas adiciones hechas de pasada por el traductor se encierran ingeniosas y orientadoras observaciones acerca del fenómeno de la inflexión, que tanto ilustra los problemas de la cronología y la evolución primitiva del romance.

Tiene además García de Diego una obra, *Elementos de Gramática histórica Castellana* (1914), que con la gramática de Hanssen es el mejor repertorio para el estudio del conjunto de las cuestiones gramaticales, especialmente de la sintaxis. Esta obra de García de Diego, bajo el modesto título de *Elementos*, encierra mucha labor de primera mano. De ningún modo es recapitulación inerte de lo ya conocido; la atención del autor está siempre vigilante para aprovechar lo bueno de las principales gramáticas anteriores y para discutir y rectificar en cualquier caso opiniones aventuradas o no admisibles. La originalidad se funda principalmente en el acopio de los ejemplos aducidos; acopio hecho sobre las personales lecturas del autor, que se extienden desde los documentos medievales del archivo catedral de Burgos, hasta los autores clásicos, y se amplía en un campo casi desconocido para la mayoría de los gramáticos, el dialecto local de Castilla y de otras regiones, al cual a menudo recurre para comprobar y esclarecer el uso literario.

Este conocimiento del habla provincial es particularidad muy saliente que avalora todos los trabajos de García de Diego. Consagró éste su atención estudiosa, muy desde el comienzo, a esa porción tan olvidada del idioma, la lengua hablada, esa enorme porción del lenguaje que por puro azar jamás llegó a tener entrada en la literatura. Y bien se com-

(1) *Revista de Filología Española*. Tomo VI.

prende la gran utilidad que para los trabajos académicos tiene esta noticia de la lengua hablada, especialmente en este caso, por una circunstancia que parece insignificante: por la región donde el nuevo académico es nacido y la cual le es mejor conocida. En los trabajos de García de Diego las noticias referentes al habla de Soria y Burgos traen a menudo la luz decisiva para el esclarecimiento. Pues bien, la Academia necesita frecuentemente en sus trabajos léxicos acudir a la experiencia personal de los académicos en el habla regional de cada uno, y se da el caso de que la experiencia castellana vieja, contra todo lo que pudiera creerse, está entre nosotros menos representada que ninguna otra. Esto responde a muy diversas causas, siendo la primera el haberse desviado de Castilla la Vieja hacia el Sur la vida total de España hace muchos siglos, y el hecho es que de antiguo en nuestra Academia los individuos de esta región están en una minoría lastimosa respecto a los de las otras. He aquí por qué podemos mirar con especial interés la recepción en esta Casa de un representante de la Vieja Castilla.

Pero el conocimiento del habla popular que posee García de Diego no se limita a su región, sino que se extiende a las demás de España. Para apreciar esto bastará recorrer el estudio de García de Diego titulado *Dialectalismos* (1): en él hallamos a menudo utilizadas formas lingüísticas propias del habla de León, Castilla, Andalucía o Aragón, las cuales sirven de apoyo para promover una porción de cuestiones relativas a la historia y a la geografía fonética de nuestro idioma. Otro estudio de García de Diego, *Caracteres fundamentales del dialecto aragonés* (1910), nos deja también apreciar el conocimiento preciso que el autor tiene del habla de cada región; es la exposición más completa que hasta ahora tenemos de los rasgos distintivos del aragonés actual.

Pero el estudio de las hablas peninsulares no se limita en García de Diego a los dialectos más afines al castellano, sino que se extiende a las lenguas del occidente y a las de levante. Una de las obras más importantes del nuevo académico es la

(1) *Revista de Filología Española*, tomo V.

Gramática histórica gallega (1908), en la cual por primera vez el habla de Galicia fué estudiada con ayuda de los métodos modernos. Había ya otras gramáticas gallegas, como la breve de Mirás y la muy valiosa de Saco y Arce, pero eran puramente prácticas. García de Diego fué el primero, (y hasta ahora el único) que estudió el gallego partiendo de la metódica comparación con el latín hasta llegar a los desarrollos últimos del idioma, teniendo en cuenta los textos antiguos, desde las Cántigas del Rey Sabio y la Crónica Troyana hasta los autores contemporáneos, Curros Enríquez y demás poetas modernos, fijándose en fin en el habla popular y en sus diferencias locales.

Este conocimiento de la riqueza dialectal española no recogida en los diccionarios, el beneficio de esta cantera poco aprovechada por difícil, da a menudo, en los trabajos de García de Diego, resultados muy satisfactorios para ilustrar el idioma y la literatura. Un solo ejemplo. Aquel «prado *verde e bien sencido*, de flores bien poblado» en que Berceo fantasea un delicioso verjel y en donde halla descanso a todas las fatigas de una larga peregrinación, nos agradaba sin que ninguno supiésemos qué era eso de bien *sencido*; percibíamos en este adjetivo un agrado puramente sensual, casi supersticioso, sin contenido inteligible. Pero García de Diego con su vasto saber de los modos de decir en la Montaña, en Soria, en Aragón y en Cataluña, nos ha puesto en evidencia que un prado *sencido* es un prado cuya hierba se halla intacta, que no ha sido pisada por el hombre ni pacida del ganado. Sólo ahora sabemos el encanto de intacta frescura que el poeta sentía en aquel florido paraíso, y sólo ahora comprendemos con claridad el simbolismo que Berceo establece, representando en ese prado sencido a Santa María, descanso de nuestra peregrinación terrena, Santa María de quien el poeta dice:

esti prado fué siempre verde en honestat
ca nunca hobo mácula la su virginitat.

El conocimiento familiar del multiforme vocabulario dialectal, a la vez que del vocabulario latino, sugieren continuamente al señor García de Diego hallazgos como éste, ora en

el terreno de la semántica, ora en el de la etimología. Otras veces el estudio de la lengua regional le coloca en puntos de vista nuevos, desde los cuales enjuicia los principios establecidos por la Gramática Histórica en vista sólo de la limitada lengua de los libros, y así rectifica, o al menos pone en duda, varias de las ideas recibidas. Y este uso frecuente de materiales nuevos habitúa al autor a seguir caminos nuevos; da a su pensamiento, frente al pensamiento de sus predecesores, una actitud recelosa y desconfiada, que en general es beneficiosa, y hace igualmente que su criterio propenda más bien a la aventura arriesgada, que a la pusilánime quietud.

*
* *

Toda la actividad del nuevo académico está, como vemos, consagrada a la filología en sus varias funciones. Bien sabido es que éstas tienen el más grande y vario interés, no solo para el conocimiento y depuración del lenguaje, sino para la historia en general. Modernamente el estudio del idioma ha dejado de ser aquella cosa aburrida y árida que antes era, un conjunto de preceptos y de minuciosas observaciones sueltas que solo satisfacen la curiosidad del pormenor; por el contrario es hoy, cada vez más, una disciplina de amplio valor científico. Mediante el estudio del lenguaje penetramos en problemas de psicología colectiva, donde no llegan las observaciones hechas en otros campos de la actividad espiritual, y aclaramos cuestiones de historia, a donde no alcanzan los documentos y testimonios ordinarios. Las relaciones políticas y sociales entre las provincias y Roma, la relajación de los vínculos imperiales, las primeras manifestaciones de la independencia cultural de las modernas naciones respecto a su antigua metrópoli, constan en el léxico de las lenguas modernas bajo aspectos que en vano se buscarán en el *Corpus inscriptionum*, en los historiadores romanos, y en los demás *Monumenta historica* que quieran consultarse. Y lo mismo los movimientos de razas, y de población, los diversos y sucesivos centros de gravitación, en torno de los cuales se formó nuestra nación española, la índole de las relaciones mantenidas por los pueblos

peninsulares y las influencias sufridas o ejercidas, las preocupaciones, costumbres y usos de cada época, son revelados por el estudio de nuestro idioma en intimidades que no aparecen en ninguna de las otras fuentes históricas usuales.

Y esta disciplina de fuerte estructura metódica y de amplio valor histórico tiene un cultivador asiduo en el señor García de Diego, a quien la Academia da hoy la bienvenida.



